

HACE ya 50 años que al humilde pueblo de Ranchuelo le faltan dos de sus mejores hijos: Wilfredo Pérez Pérez y Ángel Tomás Rodríguez. Ellos fueron arrancados de sus calles, de su gente, de su familia, por el horrendo acto terrorista que el 6 de octubre de 1976 hizo estallar en pleno vuelo al avión CUT 1201, de Cubana de Aviación, y caer al mar con 73 personas a bordo, frente a las costas de Barbados.

Medio siglo después, la herida sigue ahí, latente, abierta como el primer día. Aquella tarde infausta la noticia corrió de boca en boca por el pueblo. «Mataron a Wilfredo. Él era el piloto de la nave», decían algunos. «Ángel Tomás también venía en el avión como copiloto», exponían otros. Nadie se atrevía a admitir la certeza del terrible rumor. Mas, al caer la noche, la mayoría comprendía que se trataba de una triste realidad.

Aún brota el recuerdo de la gente acongojada aglomerándose frente a las casas de los familiares de los caídos. En gesto solidario trataban de dar consuelo a América y a Angelina, las madres del piloto y el copiloto de la nave.

«Pobre Angelina, perdió a su hijo y a la nuera, Marlene González, la aeromoza de

carlas siempre, para que algún día llegue la justicia para ellos y los 3478 hijos de este país que han sido víctimas de acciones terroristas, mientras otros 2099 viven con discapacidad a causa de agresiones de ese tipo que llegaron desde el norte.

Detrás de cada número hay una familia partida en dos. En tanto, como incomprensible y absurda ironía: Cuba es señalada como amenaza y patrocinadora del terrorismo, cuando los actos que la han desagrado durante más de seis décadas se prepararon, financiaron y ejecutaron desde el seno de quienes hoy la acusan.

Cómo decirles a los padres, abuelos o hermanos de los cientos de cubanos que han sido asesinados o mutilados en estos 67 años de Revolución; que el asesinato del maestro voluntario Conrado Benítez García y el campesino Eliodoro Rodríguez Linares, del maestro Delfín Sen Cedré y del joven alfabetizador Manuel Asuncion Domenech junto al campesino Pedro Lantigua Ortega, a manos de las

dolor de esas familias está latente, porque la herida provocada por la muerte de un niño no cura jamás.

Durante los sucesos de Girón, 176 personas perecieron y más de 300 resultaron heridas por las armas enemigas —entre ellas, vecinos de la zona que fueron ametrallados por la aviación mercenaria—, de las cuales 50 quedaron incapacitadas para el desempeño de sus obligaciones, y todo, por el simple hecho de que una potencia extranjera se resistía a la existencia de una Revolución socialista a 90 millas de sus costas.

Esas pérdidas se unieron a los 549 muertos y un número considerable de heridos, entre combatientes de tropas regulares y milicianos participantes en las operaciones contra las bandas que operaron en distintos puntos del territorio nacional hasta el año 1965, o personal asesinado por estas.

Como puede verse, el precio que ha pagado Cuba para existir como país independiente y soberano ha sido muy alto. Apenas unos me-



Por Freddy Pérez Cabrera
(freddy@vanguardia.cu)

Doloroso resultó para los moradores del poblado de Boca de Samá, en la costa norte de la antigua provincia de Oriente, el ataque perpetrado el 12 de octubre de 1971 por una lancha rápida y otra embarcación de mayor porte que, procedentes del territorio de Estados Unidos, ametrallaron a la población civil provocando dos víctimas mortales y heridas a varios vecinos, entre ellos dos niños.

Por esos años, el terrorismo se ensañó igualmente contra embarcaciones mercantes y pesqueras de Cuba o de terceros países en el Estrecho de La Florida. El 4 de octubre de 1973, los pesqueros cubanos Cayo Largo 17 y Cayo Largo 34 fueron atacados por dos cañoneras tripuladas por terroristas que asesinaron al pescador Roberto Torna Mirabal y abandonaron a los demás en balsas de goma, sin agua ni comida.

Y como esos, durante muchos años se produjeron otros actos terroristas contra nuestro personal diplomático, pescadores, soldados que cuidan las fronteras cerca de la ilegal base naval en Guantánamo, las instalaciones turísticas donde se colocaron bombas que ocasionaron muerte y destrucción, por solo citar algunos ejemplos.

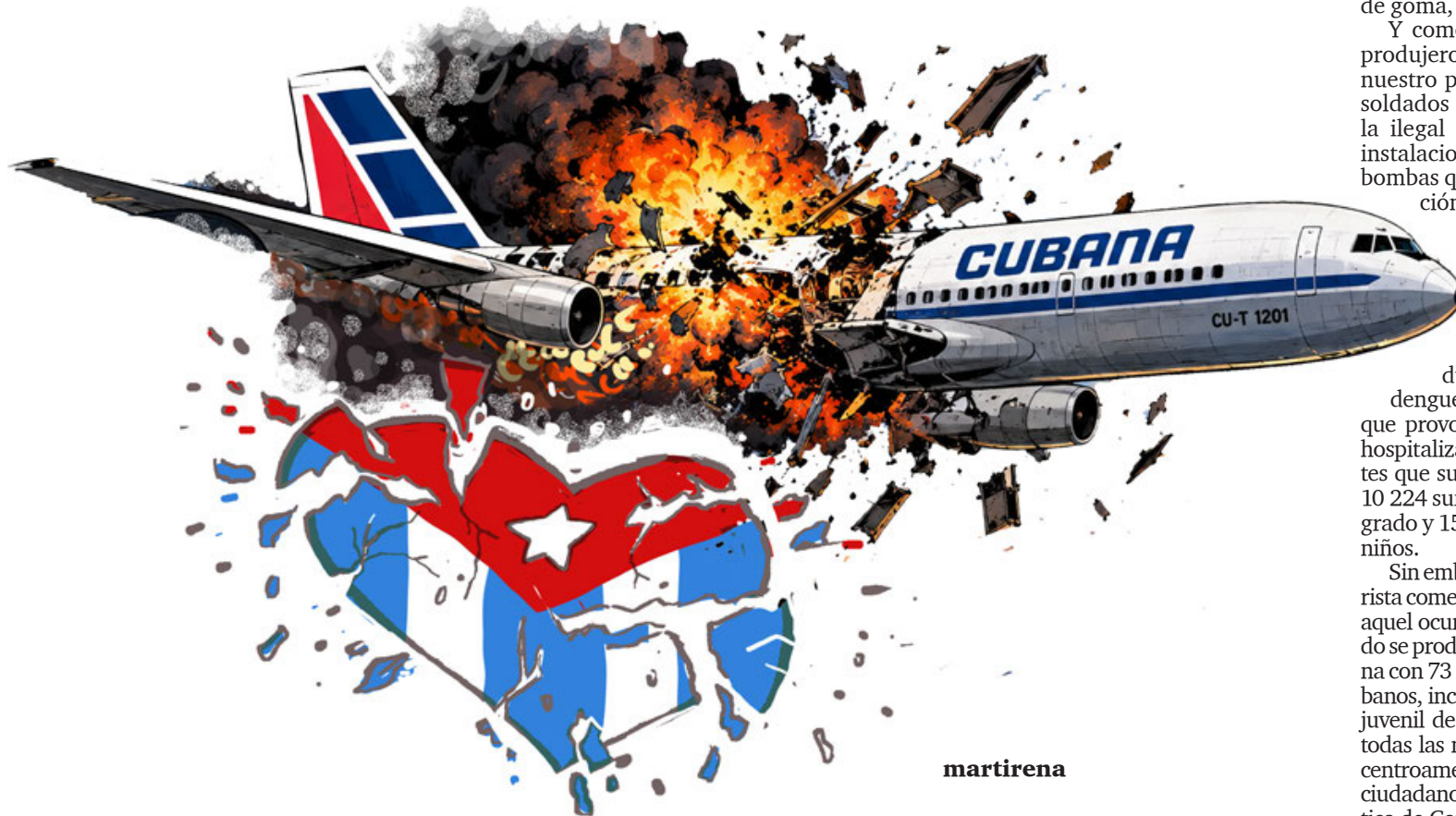
La política criminal contra Cuba ha incluido, asimismo, la agresión biológica, que ha cobrado valiosas vidas humanas, incluidos niños y mujeres embarazadas. Cómo olvidarse de la introducción deliberada de la fiebre del dengue hemorrágico en la isla en 1981, que provocó un total de 116 143 enfermos hospitalizados; alrededor de 24 000 pacientes que sufrieron hemorragias, de los cuales 10 224 sufrieron *shocks* por dengue en algún grado y 158 personas fallecidas, de ellas, 101 niños.

Sin embargo, el más repugnante acto terrorista cometido contra Cuba en ese período, fue aquel ocurrido el 6 de octubre de 1976, cuando se produjo el estallido de un avión de Cubana con 73 personas a bordo, entre ellas, 57 cubanos, incluidos los 24 integrantes del equipo juvenil de esgrima que acababan de obtener todas las medallas de oro en un campeonato centroamericano; 11 jóvenes guyaneses y 5 ciudadanos de la República Popular Democrática de Corea. Ninguno superaba los 20 años. Sus nombres, grabados por siempre en mármol y en la memoria de Cuba, son la prueba más cruel de que el terrorismo no distingue ni edades ni inocencia.

El sepelio en La Habana fue una jornada de dolor y desafío. Ante los féretros cubiertos por la bandera, el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz pronunció palabras que estremecieron a una nación entera: «Cuando un pueblo enérgico y viril llora, la injusticia tiembla».

Aquella frase, más que un homenaje, fue una promesa: que la memoria sería más fuerte que el terror, que Cuba no se dejaría doblegar por la violencia ni por la obcecada política de un gobierno, que en los últimos años ha recrudecido el cerco contra la mayor de las Antillas hasta alcanzar niveles nunca vistos, incluido un bloqueo energético y planes concretos de agredir a Cuba.

Por razones como esas, cada 6 de octubre y todos los días del calendario, Cuba no pide caridad, pide justicia. Pide que no se financie, proteja ni premie a quienes sembraron el terror. Pide memoria. Porque mientras se acuse a la víctima de ser el victimario, esa perversa inversión del discurso tiene un saldo muy alto y doloroso para la vida de todo un pueblo.



martirena

la tripulación. Y ahora, qué será de América —la madre de Wilfredo—, con esos muchachos tan pequeños», rumoraban los vecinos con gesto de dolor.

Al cabo de cinco décadas, regresa octubre con su carga de sufrimiento, porque el recuerdo no es cicatriz, es herida que lacera y dolerá por siempre. De qué forma podrá olvidar Odalys, la hija del piloto que conducía el avión, aquella pesadilla si todavía cierra los ojos y recuerda como si fuera hoy el momento en que su mamá le dio la noticia, tras lo cual empezó a gritar sin consuelo.

Cómo se sentirán esas familias por estos días cada vez que les venga al recuerdo la explosión del avión en el aire, o la ininterrumpida comunicación de Wilfredo y el resto de la tripulación con la torre:

¡Cuidado!

¡Tenemos una explosión y estamos descendiendo inmediatamente, tenemos fuego a bordo!

¡Cierren la puerta, cierren la puerta!

CU-455. Tenemos emergencia total, continuamos escuchando, respondan.

¡Eso es peor, pégate al agua, Fello, pégate al agua!

Esas voces duelen, pero es preciso evo-

bandas armadas que organizaron y financiaron los Estados Unidos, no fueron actos de terror cometidos contra muchachos que solo querían eliminar la ignorancia en Cuba.

Quienes fraguaron aquellos planes fueron los mismos que truncaron los sueños de Nemesia Rodríguez Montalvo, la flor carbonera que con solo 13 años vio morir a su madre, a su abuelita quedar inválida, a sus hermanitos heridos y sus primeros zapatos blancos destrozados bajo la metralla yanqui en Playa Girón.

Ellos fueron, también, los que asesinaron niños inocentes como Yolanda y Fermín Rodríguez Díaz, que tenían 11 y 13 años, respectivamente, cuando fueron ultimados el 24 de enero de 1963 en la finca La Candelaria, Bolondrón, Pedro Betancourt, Matanzas, por la banda de Juan José Catalá Coste, que operaba en la zona sur de dicha provincia.

Similar suceso cruel ocurrió el 10 de octubre de 1960 en la carretera de Madruga a Ceiba Mocha, cuando la banda de Gerardo Fundora disparó a un jeep que transitaba por ese lugar, hecho en que resultó muerto el niño Reynaldo Núñez-Bueno Machado, de 22 meses, y su madre. Aunque han pasado más de 60 años de aquellos hechos, el

ses después del triunfo revolucionario, el Gobierno de Estados Unidos, bajo la Administración republicana del presidente Eisenhower, comenzó a llevar a cabo sus planes agresivos para deshacerse de la naciente Revolución.

Una de las primeras acciones terroristas contra nuestro país tuvo un carácter monstruoso: el sabotaje al buque francés La Coubre, el 4 de marzo de 1960, en un muelle del puerto de La Habana, acto que dejó un saldo de 101 muertos, entre ellos, seis marinos franceses, y centenares de heridos.

Igual de inhumano resultó el incendio y total destrucción, en abril de 1961, de El Encanto, la mayor tienda por departamentos del país. Las consecuencias de este siniestro no fueron solo de índole económica, sino también algo más doloroso: la muerte de la trabajadora Fe del Valle Ramos, y las quemaduras y lesiones sufridas por otras 18 personas, entre las que había trabajadores de la propia entidad comercial.

Como parte de esos mismos planes terroristas, el 5 de septiembre de 1963, dos aviones bimotores lanzaron artefactos explosivos sobre la ciudad de Santa Clara, ocasionando la muerte al maestro Fabric Aguilar Noriega y heridas a tres de sus cuatro hijos.